

amenazador, el gobierno dictaba desde Mérida las disposiciones necesarias para aprehender á Jacinto Pat y Cecilio Chí, denunciados como otros tantos jefes de la conspiracion contra la raza blanca. El jefe superior político de Tekax, en cuya jurisdicción estaban situados los dos pueblos de que aquellos eran caciques, encomendó su captura á D. Antonio Trujeque, jefe político subalterno de Peto, y al teniente coronel D. Vito Pacheco. La comision era bastante delicada y de su éxito iba á depender acaso la suerte futura de la península. Ambos jefes lo comprendieron así, y por el temor de dar un golpe en vago, se dirigieron por caminos extraviados á Culumpich. Cualquiera hubiera creído en vista de estas precauciones que la presa iba á caer en la red que se le tendía. Pero había entre los dos comisionados y Jacinto Pat, vínculos que no se rompen fácilmente. Los tres eran antiguos compañeros de armas, algunas veces habían militado bajo la misma bandera, y juntos habían desafiado los peligros de las revoluciones. Sea por estas circunstancias, ó porque encontraron al cacique de Tihosuco entregado tranquilamente á sus faenas habituales, ó por alguna otra causa ménos honrosa, Trujeque y Pacheco se abstuvieron de cumplir con las órdenes que tenían, bajo el pretexto de que el gobierno estaba mal informado; y despues de haber pasado un dia en Culumpich, donde su propietario los colmó de agasajos, tomaron el camino de Tihosuco.

Allí cometió Trujeque un nuevo desacierto. En lugar de pasar inmediatamente á Tepich á prender á Cecilio Chí, le envió á decir que bajase á Tihosuco con el objeto de presenciar la liquidacion que había venido á hacer de las fuerzas que sirvieron bajo sus órdenes en la revolucion de 8 de Diciembre. El capitán D. Miguel Beitia, que llevó este recado, llegó á Tepich á las once de la noche y encontró al cacique en una taberna, donde procuraba aho-

gar en la embriaguez, la indignacion que le había causado el fusilamiento de Manuel Antonio Ay. Aquella habría sido una buena ocasion para aprehenderle porque reinaba un silencio completo en el pueblo; pero Beitia había dejado atrás la escolta de que se hizo acompañar por precaucion y se limitó á dar el recado que llevaba. Cecilio Chí dijo que iría á Tihosuco; pero se guardó muy bien de cumplir su palabra, porque sabía que arriesgaba en el viaje su cabeza.

Comprendió al contrario desde este momento que ya no había reconciliacion posible entre él y los blancos, y resolvió precipitar los acontecimientos, como el único medio de salvacion posible que le quedaba. Concibió desde luego el atrevido proyecto de apoderarse de Tihosuco, y con este objeto avisó á los indios de su dependencia, que estaban acostumbrados á seguirle en todas sus campañas. Desgraciadamente para él, la carta que dirigió al sargento de Telá, cayó en manos del juez de paz, quien se la dirigió inmediatamente á Trujeque. Este comprendió entonces el error que había cometido en no cumplir literalmente con las instrucciones del gobierno, y deseoso de repararlo al instante, marchó á Tepich con su fuerza y con algunos vecinos armados que quisieron seguirle. Pero era ya tarde. Cecilio Chí, avisado con tiempo por algunos espías que había colocado convenientemente, pudo ocultarse en una vivienda que poseía á inmediaciones del pueblo, y fueron inútiles todos los esfuerzos que hizo Trujeque para dar con él y con muchos de los que suponía sus cómplices (3). Aprehendió sin embargo en esta poblacion y en la de Ekpeo, á donde pasó despues, veintidos indios que fueron denunciados como conspiradores contra la raza blanca, y con ellos dió la vuelta á Tihosuco.

(3) Algunos de los hechos referidos hasta aquí, constan de los documentos oficiales y periódicos de la época: otros están consignados en la historia de D. Serapio Baqueiro, y confirmados por las noticias que hemos procurado adquirir.

Entretanto Cecilio Chí había terminado sus preparativos; y en la madrugada del 30 de julio, cuando todos los habitantes de Tepich parecían entregados al sueño, los indios se arrojaron repentinamente sobre las casas de todos los vecinos que no pertenecían á su raza, y cumpliendo con las órdenes de su sanguinario jefe, asesinaron sin piedad á blancos, mestizos y mulatos, perdonando solamente á algunas mujeres para saciar su concupiscencia (4). El ataque fué dirigido de una manera tan rápida y simultánea contra todas las víctimas señaladas de antemano, que no se pudo organizar ninguna defensa, á pesar de que Trujeque, al retirarse treinta horas ántes del pueblo, les había dejado algunas armas con este objeto. Un solo individuo, llamado Alejo Arana, pudo escaparse de la matanza y corrió á Tihosuco, donde fué el portador de la fatal noticia.

Así comenzaba Cecilio Chí á cumplir su salvaje programa de exterminar á la raza blanca con el objeto de que los indios adquiriesen el dominio exclusivo del país de sus mayores!

La noticia de los asesinatos de Tepich produjo una conmocion extraordinaria en Tihosuco. Situado este pueblo en una region habitada casi exclusivamente por indios, los vecinos de las demás razas se sintieron sobrecogidos de pavor, porque comprendieron que en el caso muy probable de un levantamiento general, eran impotentes para luchar contra sus adversarios. Entonces, como generalmente sucede en casos semejantes, creyeron intimidar á estos con medidas de terror, y ardiendo en deseos de vengar la sangre derramada por Cecilio Chí, pidieron á Trujeque que fusilase á cinco de los indios aprehendidos dos dias ántes en Tepich, y á quienes la opinion comun desig-

(4) Número del "Siglo XIX" periódico oficial, correspondiente al 5 de Agosto de 1847.

naba como cabecillas de la conspiracion. El jefe político no pudo ó no quiso negarse á esta exigencia, y aquellos desgraciados fueron pasados por las armas en la tarde del mismo dia 30, despues de haberlos confesado un sacerdote (5). Violenta y poco humana era la represalia, y los efectos que debía producir, fueron ciertamente muy distintos de los que esperaban sus autores.

Antes de pasar adelante, se hace necesario recordar al lector la situacion política que guardaba la península en los momentos de estallar la guerra de bárbaros. El funesto pronunciamiento de 8 de diciembre, que había elevado á los partidarios de Méndez y humillado á los de Barbachano, había hecho mas profunda que nunca la division. Los últimos habían intentado una revancha el 28 de febrero; pero habiendo fracasado el movimiento, como hemos visto, aplazaron para mas tarde sus deseos de venganza. Las prisiones, los confinamientos y los destierros no hicieron mas que avivar este sentimiento, y conspiraron en la sombra, echando mano de toda clase de recursos, como ántes habían conspirado sus enemigos. Un suceso que se verificó en los momentos mismos en que Manuel Antonio Ay era conducido al patíbulo, probará hasta qué grado puede ser exacta esta observacion.

El barbachanista D. José Dolores Cetina, que había sido uno de los jefes del movimiento de la ciudadela, se presentó repentinamente en Tizimin el 26 de julio, y en union de varios de sus amigos políticos, levantó una acta en que pedía el restablecimiento de las autoridades, derrocadas á consecuencia del motin de 8 de diciembre. Entre otros artículos que contenía este documento, había uno en que se prometía reducir á un real mensual el impuesto de capitacion que pagaban todos los yucatecos (6).

(5) Periódico oficial citado.

(6) Habiendo dicho Manuel Antonio Ay en su causa que la conspiracion

El jefe del movimiento salió de Tizimin luego que tuvo reunidos unos trescientos hombres y se situó con ellos en Temozon. Desde allí intimó á D. Eulogio Rosado que le entregase la plaza de Valladolid; pero este jefe en lugar de acceder á sus deseos ó de salir á batirle, como hubiera hecho en otras circunstancias, le dirigió un oficio excitándole á someterse al gobierno, que bien necesitaba del concurso de todos los yucatecos para salvar al Estado de la situacion en que se hallaba. Le mandó además dos comisionados, quienes le manifestaron de palabra, que segun los datos que arrojaba la causa de Ay, el país estaba amenazado de una guerra de castas y que cualesquiera que fuesen las causas que tenían dividida á la raza civilizada, ésta debía olvidarlas para salvarse del peligro que la amenazaba. Estas razones causaron al parecer una impresion saludable en el ánimo de Cetina y prometió someterse con todas sus fuerzas al gobierno, llevándolas al efecto á Va-

en que había tomado parte, no tenía otro objeto que el de reducir la contribucion personal en el sentido de que se habla en el texto, no faltarán lectores que pregunten si este desgraciado y sus cómplices fueron impulsados por los barbanchanistas, como ántes habian sido impulsados por los partidarios de Méndez, ó lo que es lo mismo, si el movimiento que intentaron tenía realmente por objeto el exterminio de la raza blanca, como hemos asentado, ó solamente el de sustituir el gobierno de Barbachano al de Barret.—Acostumbrados los partidos políticos á acudir á los indios para engrosar sus filas, nada tendria de inverosímil suponer que los barbanchanistas hubiesen inducido á Manuel Antonio Ay, Cecilio Chí y Jacinto Pat á pronunciarse, con el aliciente de reducir á doce reales anuales la contribucion personal. Pero el hecho de que hubiesen sido exclusivamente indios los jefes de la conspiracion extendida en los distritos de Valladolid y Tihosuco, y la circunstancia de que hubiesen escogido para sus primeras reuniones el aislado rancho de Xihum con el objeto de ocultarse hasta de los mismos caudillos blancos á cuyas órdenes habian conspirado otras veces, prueban, á no dudar, que los conspiradores indios no llevaban otro fin que el de promover una guerra de castas. Vienen á confirmar esta asercion los mismos términos en que está concebida la carta de Cecilio Chí que ya hemos insertado, la circunstancia de que Jacinto Pat sólo hubiese reunido elementos indígenas en Culumpich, y por último, la conducta posterior del primer caudillo, quien en lugar de acogerse á una bandera política para escapar á la persecucion que le había declarado Trujeque, inició la guerra de exterminio en la sangrienta hecatombe de Tepich.

lladolid. Hízolo así en efecto, aunque de una manera tan poco conforme al convenio hecho con los comisionados, que D. Eulogio Rosado concibió algunas sospechas. Pero mediaron ciertas explicaciones, en las cuales repitió Cetina su voluntad de someterse al gobierno, y el comandante militar le alojó con su fuerza en el barrio de la Candelaria, no muy satisfecho todavía de la sinceridad de su arrepentimiento.

Una fusion semejante, pero mas ámplia y franca, se verificaba por la misma época en la capital del Estado. Pálida sería cualquiera descripcion que intentáramos hacer sobre la impresion que causó en esta ciudad la noticia de la sublevacion de los indios. Cada uno de sus habitantes que tenía una gota de sangre española en las venas, comprendió que si no se hacía un esfuerzo supremo, la conflagracion se extendería rápidamente por toda la península y ninguno escaparía á la saña del salvaje. Todos veían suspendida sobre su cabeza la enchilla que había hecho tantas víctimas en Tepich: la indignacion, el horror y el deseo de la venganza se mezclaban en confuso tropel en su imaginacion, y el periódico oficial hacía aparecer en sus columnas estas palabras: “Estémos alerta los de las otras castas: séamos un Argos para observar: valientes para atacar al enemigo coman: inexorables para castigarlo. Sangre, y no mas que sangre de indios sublevados debe ser el santo de nuestros puestos.”

Pero en medio de este grito de guerra, la atencion se convirtió hácia los bandos en que se hallaba dividida la raza civilizada, y comprendiendo que la union constituyese la fuerza, sus diversos prohombres se buscaron, se estrecharon la mano, se dieron el abrazo fraternal, echaron al olvido sus antiguos resentimientos y prometieron formar un todo unido y compacto para oponer á la saña del salvaje. Los hombres de posicion mas elevada y de

ideas mas opuestas entre sí, se creyeron obligados á dar el ejemplo de la reconciliacion. Deben ser contados entre este número D. Domingo Barret, D. Miguel Barbachano y hasta el mismo D. Pedro Escudero de la Rocha, representante del partido centralista, que hacía mucho tiempo no tomaba ningun participio en la cosa pública.

En la mañana del 5 de agosto se celebró estrepitosamente esta reconciliacion por los incautos que la creyeron ó por los espíritus generosos que la deseaban de todo corazon. Una reunion numerosa, en que estaban representados todos los colores políticos, recorrió las calles de la capital entre músicas, cohetes y repiques de campana, vitoreando indistintamente á los hombres mas distinguidos que habían promovido ó aceptado la union y visitándolos en sus casas. En la tarde salió del palacio de gobierno un paseo, á cuya cabeza se veía un coche en que iba el gobernador con D. Miguel Barbachano, y otro en que se hallaba D. Pedro Escudero de la Rocha con los secretarios del despacho. A las oraciones de la noche se detuvo este paseo ante la casa del Sr. D. Pedro de Regil y Estrada, quien había preparado un delicado ambigú para celebrar el fausto acontecimiento de aquel dia. Los oradores de aquella reunion escogida pronunciaron bríndis patrióticos en favor de la union, y los estrepitosos aplausos con que fueron acogidos, parecieron demostrar que todos los concurrentes estaban animados de los mismos deseos. Desgraciadamente estos bellos sentimientos debían disiparse casi al mismo tiempo que los vapores del vino que inspiraron su expresion.

La reconciliacion de partidos políticos, opuestos en ideas ó intereses personales, hará siempre mas honor al corazon que á la cabeza de los que la creen ó la predicán de buena fé.

CAPITULO II.

1847.

Comienza á propagarse la insurreccion indígena en el sur y oriente de la península.—Precauciones que adopta Trujeque en Tihosuco.—El capitán Ongay derrota á los indios en Tepich y entrega el pueblo á las llamas.—Acuerdo que toman en Culumpich los jefes de la sublevacion.—Vuelven á ser derrotados los indios en Xcanul.—Excesos que cometen en el distrito de Valladolid.—Son batidos y dispersados en Xcá y en Cocbatun.—Medidas que adopta el gobierno para apagar la insurreccion.—Circula el rumor de que los indios de Mérida y sus inmediaciones debían sublevarse la noche del 15 de agosto.—Nuevas precauciones.—Aprehension de Francisco Uc y otros indígenas.—Se les sujeta á un consejo de guerra.—Varios son condenados á muerte y otros á prision ó destierro.—Persecucion inhumana que se desata contra los indios en general.—Reflexiones.

Mientras tenían lugar en Mérida estos sucesos, la guerra de castas comenzaba á tomar un rápido incremento en las regiones mas apartadas del sur y del oriente de la península. Luego que D. Antonio Trujeque tuvo noticia de los asesinatos de Tepich, despachó extraordinarios violentos á todos los pueblos de las inmediaciones, ordenán-